tenemos la pretensión de poder explicarlo todo, pero no es siempre seguro que lo consigamos.

Después añadió riéndose:

—Había empezado por hablar bien de David y he concluido por decir pestes contra la sociedad. Retenga usted tan sólo la primera parte de mi discurso y tómese el trabajo de estudiar á su esposo, pues la aseguro que descubrirá en él admirables condiciones. Entre tanto no tiemble usted así ante la idea de hallarse en su presencia.

Llegó el coche al término de su destino; apeáronse y penetraron en la casa, no sin que Luisa investigase antes con la vista el aspecto de aquella morada, que era la suya. Nada de extraordinario se ofreció á sus ojos. El conserje, que se hallaba en la portería, descubrióse con respeto como de costumbre, y el ayuda de cámara dijo, al propio tiempo que abría la puerta del vestíbulo:

—El señor coronel Pérignon ha mandado el saco de la señora... Se le ha entregado al señor.

—Está bien, balbuceó Luisa, cuyo corazón latía con violencia, pues el envío de aquel saco podía ser para su marido una revelación de sus proyectos.

—¿Está en casa el señor? preguntó Cendrin que veía palidecer á Luisa.

—El señor está en su cuarto.

—Bueno, yo iré delante, respondió el sabio, y después de estrechar la mano de Luisa, encaminóse hacia el gabinete de David.

Hallábase este último sentado en una butaca y no hizo el menor movimiento al oir abrir la puerta

del aposento. Sabía que su hija no entraba jamás allí á aquellas horas y no se cuidaba de que pudieran hacerlo los demás.

Sobre su mesa de despacho hallábase el saco de cuero enviado por Pérignon y la correspondencia de la tarde, aún sin abrir, esperaba también en su sitio. Por la primera vez en su vida descuidaba David sus habituales ocupaciones. ¿Cuánto tiempo hacía que se hallaba entregado á sus tristes reflexiones? Un tinte lívido cubría sus mejillas, y sus ojos, ardientes y febriles, se hundían á causa del sufrimiento en sus cóncavas y profundas órbitas. ¿En qué pensaba en aquel momento?... Quizás en la fugitiva, pues su entrecortada respiración y sus temblorosos labios indicaban que hacía esfuerzos inauditos para contener las lágrimas.

Al posar Cendrin una mano sobre su hombro se estremeció, volvió vivamente la cabeza, enrojecióse su rostro y se puso de repente en pie. Permaneció algunos segundos frente á frente de su amigo, presa de la más terrible agonía y sin atreverse á hacerle una sola pregunta por el temor de llegar á saber alguna lúgubre noticia y comprendiendo demasiado que la presencia de Cendrin tenía una importante significación. Por fin, exclamó con feroz violencia:

—¿Vienes á anunciarme su muerte, no es cierto?

—No, contestó el sabio, tranquilízate, aún vive.

El suspiro que desde el fondo de su corazón exhaló David, dió á conocer á Cendrin el estado de ánimo de aquel desgraciado.

—¡Pobre amigo mío! dijo con acento de tierna compasión. ¡Cuánto has debido sufrir!

—Sí, ¿pero habla, dime qué hace, dónde está? replicó Herbelin con agitación casi convulsiva. El envío de ese saco hace dos horas me ha hecho presentir su muerte... ¡Ah! ¡Qué terribles instantes he pasado, siempre en espera de la más espantosa noticia! Sí, he sufrido mucho, mucho, Cendrin, y es preciso sin duda que yo sea un gran culpable para merecer tan crueles sufrimientos.

El sabio movió la cabeza, diciendo:

—Todo es pura injusticia sobre la tierra, pero afortunadamente no ha sucedido lo que tú con tanta razón temías. La casualidad ha hecho que encuentre á esa desgraciada mujer en el momento decisivo y que consiga volverla á la razón y obligarla á vivir...

Daniel se arrojó en los brazos de su amigo, diciendo:

—¡Qué bueno eres, Cendrin, qué bueno eres!

—¿Y tú, vas á serlo también? dijo el sabio mirando con profunda fijeza á Herbelin.

—¿Qué es lo que exiges de mí?

—Que olvides.

—No, eso es imposible, contestó Herbelin, haciendo un ademán de protesta.

—Por lo menos, haz como si fuera así.

—Haré todo cuanto la piedad me aconseje.

—Sea. Es más de lo que la culpable podía esperarse.

—¿Dónde está?

—Aquí.

—¿La has traido contigo?

—Sí. Confiaba por completo en tu buen corazón.

—Así, pues, ¿tú no me desprecias ni me juzgas cobarde porque me muestro indulgente? exclamó Herbelin con los ojos arrasados en lágrimas.

—No, David, dijo Cendrin tendiéndole su mano, y con una emoción que no trataba de ocultar. Te quiero y además te estimo porque eres un hombre excelente y honrado!

Permanecieron un instante en silencio, hasta que Herbelin sacudiendo la cabeza como para arrojar de ella las ideas que le asediaban, dirigióse hacia la puerta del salón y se encontró en presencia de Luisa, que, de pie y con el sombrero puesto, parecía aguardar á que su marido la permitiese permanecer allí ó bien la ordenase partir. Cendrin se llegó hasta donde ella estaba y la condujo después ante David. Éste pronunció con reposada voz las siguientes palabras:

—Ha hecho usted bien en volver, y se lo agradezco.

Volvióse entonces Cendrin hacia Luisa como para decirle: Ya ve usted que tenía razón. Y salió después de estrechar la mano de Herbelin.

Ambos esposos quedaron solos, y entonces Luisa, pensando en que había sido absuelta sin haber antes sido juzgada, dijo movida por el delirio de confesarlo todo, y con la mayor humildad.

—No quiero que me juzgue usted mejor de lo que soy, pues no he vuelto á esta casa llevada de los impulsos de una idea razonable, no; la desesperación es la que me conduce á ella. Ha sido us-

ted demasiado buen profeta esta mañana, al anunciarme que el desengaño llegaría para mí en un período más ó menos breve, y en efecto no se ha hecho esperar. He podido leer en el fondo del egoísmo humano y he visto lo que se puede esperar de las promesas y juramentos; entonces, revolviéndome ante tantas infamias, hastiada de mi propia indignidad, y no pudiendo ya contar con el hombre por el cual todo lo había sacrificado, ni siéndome ya dable pensar en volver los ojos hacia usted, pensé que tan solo la muerte podía ser mi único refugio, y escribí á usted una carta en demanda de perdón, pues en aquella suprema hora, comprendía cuán abominable había sido mi conducta y cuán generosa la de usted. Cuando ya me preparaba á llevar á cabo mis propósitos, me halló su amigo de usted y me prometió obtener su perdón: he visto después cuán bien le conocía, pero no quiero que ignore usted nada de lo que puede ayudarle á formar sobre mí una opinión definitiva. No he sido criminal hasta el fin, porque no he podido serlo: vivo aún porque usted así lo quiere, y no permaneceré aquí, si después de haberle expuesto todo cuanto acabo de decirle no me ordena usted que no salga. Ahora, decida usted lo que quiera.

David no vaciló un solo momento y contestó con segura voz:

—Lo que acaba usted de revelarme, en nada altera mi determinación y sus culpas siguen siempre siendo las mismas. Todo cuanto ha sucedido después de su salida de usted de esta casa, á usted

sólo atañe, á usted sólo concierne. El interés de mi hija es el solo norte de mi conducta, y su ausencia de usted ha sido, á Dios gracias, bastante corta para que ella la ignore: eso me basta. Por otra parte, usted comprende que no puede lisonjearse de obtener jamás mi perdón, por el mal que tan injustamente me ha hecho, y nuestra vida en común no irá más allá del día en que nuestra hija contraiga matrimonio; importa por lo tanto, y siempre teniendo en cuenta la dicha de Cecilia, que vivamos en aparente buena armonía. Después de su boda, cada cual irá por su lado, pues el divorcio se ha instituido para estos casos y para gente como nosotros. No me juzgue usted tampoco mejor de lo que en realidad soy, pues la repito que toda mi indulgencia hacia usted proviene tan solo del amor que profeso á mi hija. No me lo agradezca, pues, pero trate en cambio de amarla un poco más de lo que la ha amado hasta aquí, si es que puede, con lo cual á más de hacerla completa justicia, la hará al propio tiempo más dichosa.

Luisa inclinó la cabeza en señal de asentimiento y murmuró:

—Será usted obedecido.